

3º Preludio. Jornada de Escuela

Christopher Charles

Al final del *Seminario XIX, ...O peor*, Lacan interroga lo que vincula a analista y analizante y comenta que este vínculo es un vínculo de fraternidad «al cual el discurso analítico da su presencia»¹ Y nos invita, a los analistas, a pensarnos como hermanos de nuestro paciente en tanto que, como él, somos «hijos de discurso»

En el mismo período Lacan comenta que lo que responde al "no hay" de la relación sexual es un "Hay d'l'Uno" y "nada más", lo que acentúa definitivamente la soledad radical del *parlêtre* cuyo goce objeta a toda plenitud posible y a todo vínculo.

Si la posibilidad de un vínculo de naturaleza fraternal en un análisis podría ser una buena noticia, sin embargo ¿nos invita Lacan al optimismo? Probablemente no.

Lacan termina su seminario negándose a "pintar el futuro de rosa" al situar el arraigo del racismo en la "fraternidad del cuerpo". Para acentuar más la dimensión real del goce impropio a todo vínculo.

¿Cuál sería entonces la naturaleza de ese vínculo "fraternal" al que el discurso analítico "da presencia"? ¿Con qué pasta se habría constituido?

¿Se trata de un vínculo de identificación?

Si la experiencia analítica lleva radicalmente a la soledad y deja al sujeto solo frente al goce autista de su síntoma, que no se comparte, la posibilidad de un vínculo de "fraternidad" ¿sería únicamente la de poder contarse en una comunidad de desdichados? ¿Decretamos que somos hermanos únicamente a partir del hecho de que somos compañeros de galeras?

Probablemente no.

¹ J.Lacan, El Seminario libro XIX ...O peor ,Buenos Aires, Paidós 2012, p. 230.

En esta última lección del seminario XIX hace falta, según Lacan, una operación suplementaria y habla de ello con acento religioso, cosa que no es habitual:

Este hermano es un hermano "transfigurado" y eso se obtiene gracias a una "conjura analítica", y a partir de esta experiencia se establece el vínculo.

Algo debe aparecer, de otro modo, meta/morfoseado, y "dar presencia" por la gracia del discurso analítico ... formulación sorprendente que podría evocar la magia o la práctica de un rito esotérico.

La transfiguración evoca la de Cristo, que revela (de forma discreta) a tres de sus apóstoles más íntimos su verdadera naturaleza divina en el momento último en que se compromete a vivir su calvario y a afrontar su crucifixión y la muerte. Momento pues crítico en que su destino, inexorable, lo confronta en su vida terrenal a su condición mortal. Tras este episodio de la transfiguración vendrá el grito desesperado de Cristo en la cruz: "Padre ¿por qué me has abandonado?"

La tesis de Lacan es que es en el momento para el analizante del encuentro con su división subjetiva, al final, esta "cosa hendida" que es "el sujeto" cuando puede producirse esta transfiguración en la que aparece la cualidad de "hermano" de nuestro paciente. No sin un Decir.

Experiencia de soledad y de no garantía, el sujeto se experimenta con "esta cosa hendida", falla, a partir del advenimiento de un Decir de existencia que se debe a lo real que lo constituye. ¿Sería la trans/figuración esta vislumbre de real, al final?

El analizante-hermano se revela bajo una forma transfigurada en un instante fugaz a partir de la aparición de un Decir de existencia y esto tiene también un efecto de exaltación para el analista. Cambio de estado para

los dos protagonistas, certificando que algo real fue tocado, y esto "por la gracia" del discurso analítico que engendra este vínculo.

El vínculo de fraternidad no se ha dado de forma inalterable, es un efecto que afecta a partir de la posibilidad de que emerja un Decir, que toque a un real de existencia, más allá de los dichos de la cura, inédito.

¿Sería entonces el "imperativo" (del lazo social) permitir las condiciones de que una tal "conjura" pueda renovarse... en cada cura?

Traducido por Manel Rebollo